Cruces de miradas, en la misma acera

Alejandro Fidalgo del Río

Capítulo 1

Arranco el día mirando al suelo, sentado sobre mi cama,

Con las manos en mi cabeza, y los codos en mis piernas,

Nada para de presionarme y matarme,

Mientras ayer era el tío mas sano de toda la sala,

en la inauguración de una obra de la que no estoy muy orgulloso,

sigo observando el suelo,

recordando cada uno de los abrazos de ayer,

escupo, sale sangre y me cago en la puta,

mientras todo me presiona más y más,

al día siguiente de una presentación de todo un año,

con la mirada fija de Mitchelle, substituida

por una mala dosis de anfetas,

con las que vi las estrellas y completé mi obra,

un bonito discurso y para compensar

un espectáculo esperpéntico,

al romper cada uno de los cuadros que allí colgué

menudo gilipollas desaliñado! Gritaron todos yéndose,

entre la multitud,

una estaca permaneció firme esperando mi opinión,

la vi de reojo con mi mirada clavada en la baldosa sobre la que me posaba,

nervioso quizás por como pagaría todo aquello,

o por no conocer una gasolinera 24H cercana, al lado,

el caso es que sus tacones subieron el volumen,

rompiendo mis tímpanos en el definitivo hacia un cómodo asentamiento,

bonita escusa! Me dijo

que hablas? Sin levantar la cabeza,

estás muerto, eres un espacio vacío, negro, húmedo,

cualquier luz quemaría tus plantas y tu rebosante tierra fértil, que nunca vas a vender, y siempre quedará para ti, la resguardas, y de ella algún día renacerás como un cactus en la frontera del desierto, levantando tus puntas al sol de las 3, y regalándolas en la luna de las 12, o almenos eso crees, hoy cerraste la contra otra vez, para que los duendes revoloteen solos en casa mientras preparan unas dulces galletas con crema, sé que lo conseguiréis, y todos los que hoy se fueron, reconstruirán tu obra hoy destrozada, trabajando en el centro de las calles, para parar todo el tráfico regional.

Levanté la cabeza, con un cigarro en mi comesura, me puse en pie, abrí la contra, salí y crucé la calle. Ella levantó su delicado cuello por encima de la cornisa, para ver como yo la llamaba con mi mano.

Un camión de chatarra interpuso nuestras miradas dirección las montañas, tras su paso, nunca mas la veré.

Ahora, sus amigos, la van a visitar observando, con olor y dulzura de dulces galletas de crema, como encarna boca abajo, un diálogo permanente con la baldosa que sienta.

Son las 10, me pegaré una ducha, y compraré el periódico, hoy trabajo de tarde.